

En el mar de los tiburones corporativos, sobrevivir es un milagro posible sólo cuando también se es escuela.



Yahoo considera un “robo” la oferta de compra hecha por Microsoft

■ 24

Los actos oficiales sobre Acteal son inútiles para lograr justicia: CCIODH

■ La ONG internacional advierte que falta un avance real en materia de derechos humanos

ELIO HENRÍQUEZ Y EMIR OLIVARES ■ 16

Tras negociaciones con el GDF, menos microbuseros irían a paro mañana

G. ROMERO, A. BOLAÑOS Y J. QUINTERO ■ 34

Zavaleta exige a Calderón garantías de que Pemex no será privatizada

ROBERTO GARDUÑO Y ENRIQUE MÉNDEZ ■ 8

columnas

- EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI 6
- A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER 16
- BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME 18

opinión

- ARNALDO CÓRDOVA 20
- GUILLERMO ALMEYRA 20
- ROLANDO CORDERA CAMPOS 22
- ANTONIO GERSHENSON 22
- MARIO DI COSTANZO 25
- ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO 36
- BÁRBARA JACOBS 6a
- CARLOS BONFIL 9a

PATTI SMITH APREMIA A LA MOVILIZACIÓN



“La canción política me sigue inspirando, pero tengo claro que no se puede lograr mucho; lo que se necesita es acción, manifestarse, protestar”, afirma la música y poeta estadounidense. En conferencia de prensa, en el contexto de la *Berlinale*, presentó el documental *Patti Smith: dream of life* —del director Steven Sebring—, tocó la guitarra y cantó ■ Foto Reuters

■ 8a

MAR DE HISTORIAS El tío Ángel

CRISTINA PACHECO

El doctor Ibarra fue muy claro: “La enfermedad tiene varios nombres. A ninguno puede agregársele el adjetivo de curable: el mal avanzará en silencio. ¿Alguna aclaración?” Muchas. “¿Tendrá dolores?” “Cuando se angustie, ¿podemos darle tranquilizantes?” “Debe seguir alguna dieta especial?” “¿Le ayudaría alguna rutina de ejercicios?” “Si en algún momento nos pregunta qué le está sucediendo, ¿debemos decirselo?”

Para cada pregunta el médico tuvo respuestas muy breves. “Físicamente no sufrirá. Respecto a los calmantes, sería mejor evitarlos, pero si ven que es indispensable aquí les dejo la receta. Que ingiera lo que guste: nada le hará más daño que prescindir de los alimentos. Don Ángel no está en condiciones de hacer ejercicios regulares pero sería bueno que caminara un poco. Ya no se da cuenta de lo que le está sucediendo y dudo que haga preguntas al respecto, pero si las hace tendrán que responderle según el criterio de cada uno.”

El doctor Ibarra se despidió tranquilo, seguro de que con la nitidez de sus respuestas no había traicionado su profesionalismo ni su amistad hacia la familia, que lo conoció cuando él era un jovenci-

to dispuesto a salvar toda clase de dificultades para convertirse en médico. El día en que obtuvo su título le hicimos una fiesta en la casa. Después, el tío Ángel nos repitió al detalle, decenas de veces, los incidentes de aquella noche y la forma en que se despidió del flamante médico: “Prometo no caer en tus manos: no lo hago porque desconfío de ti, sino porque no quiero darte más trabajo del que tendrás”.

II

Transcurrió poco tiempo entre aquel momento y la tarde en que mi tío Ángel decidió acudir solo al consultorio del doctor Ibarra para exponerle el motivo de su preocupación: “No me lo explico: quiero decir una cosa y me sale otra. Es como si mi diccionario mental se hubiera desencuadrado y un viento muy fuerte hubiese hecho remolinos con las páginas. ¿Crees que sea algo pasajero?”

El tío Ángel regresó a la casa más sereno. El doctor Ibarra le había asegurado que su mal iba a ser curable si tomaba ácido glutámico, ingería vegetales verdes y ejercitaba su mente sometiéndola a

pequeñas pruebas: cálculos matemáticos, memorización, esfuerzos por recordar lo que había hecho la semana anterior e inclusive en épocas remotas.

Para esas fechas mi tío Ángel llevaba diez años de viudo y ocho de vivir en nuestra casa. Aunque lo adorábamos, era imposible que nuestro cariño llenara el hueco dejado por mi tía Zoraida. Supongo que ella, de haber vivido, habría acompañado a su esposo en el régimen diseñado por el doctor Ibarra. Quiero imaginármelos caminando por la calle y al mismo tiempo haciendo operaciones matemáticas a partir de los números de unas placas, memorizando las cabezas de las publicaciones expuestas en los quioscos, haciendo juegos de palabras con los anuncios o con las frases que alcanzaban a oír al paso de los transeúntes.

Muchas veces, a mitad de la cena interrumpía la conversación familiar para preguntarse detalles relacionados con etapas anteriores de su vida: “¿Cómo se llamaba el hotel en donde Zoraida y yo pasamos nuestra luna de miel en Querétaro?” “¿Qué día era cuando nació mi hermano Abelardo?” “¿Por qué motivo Félix y Tiburcio dejaron de hablarse?” “¿A cuál de mis compañeros apodábamos *Sapito*?”